



# UNA CÁTEDRA PARA METER PAÍS EN LA UNIVERSIDAD

A COURSE TO EMBED THE NATIONAL CONTEXT  
INTO THE UNIVERSITY

JESÚS MARTÍN BARBERO

---

Universidad del Valle  
Cali 30 de agosto de 2012  
Discurso de inauguración de la Cátedra JMB

**Recibido:** 22 de octubre de 2021  
**Aprobado:** 11 de noviembre de 2021

ISSN en línea 2539-4355 / ISSN impreso 1900-9909  
Este trabajo está bajo la licencia Creative Commons BY NC SA 4.0.

---

**¿Cómo citar este artículo? / How to quote this article?**

Martín Barbero, J. (2021). Una cátedra para meter país en la universidad. *Nexus*, (30), Artículo e20411837.  
<https://doi.org/10.25100/n.v0i30.11837>

Lo que yo debería hacer hoy es darles las gracias y ponerme a trabajar con la gente cuya generosidad ha hecho posible esta Cátedra. Pero me han pedido que hable y voy a comenzar contándoles algo que se me ha ocurrido cuando entraba a este edificio. Se trata de una anécdota personal que me dejó una fuerte huella. Cuando yo estaba terminando de escribir mi tesis de doctorado en París, llegó a la residencia donde yo vivía un universitario de Costa de Marfil; un negro alto, fuerte y muy callado. Y un día me habló para pedirme que lo acompañara en su primera visita al Louvre. Ahora recuerdo que era a comienzo del año 1972 y lo acompañé. El Louvre era espacialmente menos de la mitad de lo que es hoy y estaba entonces claramente repartido por las diversas artes. El hecho es que empezamos por la pintura y la visita transcurría tranquila, con algunos pocos comentarios sobre lo que más le gustaba y lo que no le gustaba nada. Para ser un joven africano recién llegado a París sabía bastante de arte. Pero cuando el “saber africano” estalló fue cuando íbamos a pasar de la pintura a la escultura y nos topamos con un gran cartel que decía “Ne touchez pas” —¡No tocar!—, un letrero que estaba también al pie de no pocas esculturas griegas y romanas... Fue entonces cuando mi amigo africano dio un grito, o mejor, una mezcla de grito con alarido. Inmediatamente acudieron dos guardianes de la sala que le preguntaron acusadoramente por qué habría gritado y alterado la calma del museo. Y él, muy calmadamente, les respondió: “Los europeos confunden la escultura con la pintura. La pintura se ve, y se aprecia así porque está hecha para los ojos; pero la escultura está hecha de madera, piedra, hierro, cera, barro. Y es sólo tocándola como podemos percibir si es rugosa y áspera o suave y tierna, agradecida por nuestra caricia o asustada porque nuestro modo de tocarla ofende. ¡¿Cómo se puede creer que se disfruta una escultura si no se la puede palpar o abrazar, si no se puede recorrerla y sentirla?! ¡Si uno no la toca, la escultura no existe!”. Les aseguro que al oír a ese africano me estremecí, pues era lo más lejano a una reflexión académica: era una fortísima experiencia de choque cultural, eso que al poco de llegar a Cali yo llamé *escalofrío epistemológico*. Fue un joven africano quien puso a tambalear mi afincada creencia de que somos los occidentales los que sabemos de arte... porque habíamos inventado su idea. Fue una lección y no solamente estética sino también epistemológica y política pues andaba yo entonces lidiando con *La Phénoménologie de la perception*, de M. Merleau-Ponty, un largo y denso libro cuya primicia residía en hacer del *cuero* la categoría eje del conocimiento humano, a la vez que en otro libro suyo, *Signos*, trasladaba esa filosofía al campo de las posiciones políticas que entrañan determinadas concepciones del *ver* y del *mirar*.

¿Por qué traigo ahora y aquí, en la inauguración de una Cátedra con mi nombre, ese extraño recuerdo? Porque lo que están experimentando las universidades frente los cambios que atraviesan nuestras sociedades es algo que está alterando y emborronando su propia capacidad de percepción, y no sólo entre sus burocracias institucionales sino también entre la mayoría de sus profesores. A esos cambios Michel Serres y Alessandro Baricco les han dado el nombre de *mutación cultural*. Dice Serres, por primera vez en la historia, la evolución ya no es “natural” como pensó Darwin. Pues la evolución de las plantas, los animales y ya también de los seres humanos es hoy una evolución pensada y manejada por seres humanos. Todo lo que habita en este planeta está siendo ya intervenido genéticamente. Y ello puede ser para bestialidades como la de la empresa Monsanto al crear una semilla de maíz que una vez que da un fruto se suicida y por tanto hay que comprársela todos los años, frente al trabajo de investigación del CIAT (Centro Internacional de Agricultura Tropical —que bien cerca tienen los caleños—) que, con financiación de la ONU, se dedica a posibilitar semillas duraderas que se enfrenten a climas extraños, a tierras diferentes. Monsanto se dedica a todo lo contrario, a convertir en negocio su manipulación genética de las semillas. Alessandro Baricco, por su parte, nos coloca ante la peculiaridad del desafío que nos plantea la mutación hoy: no es entender lo que está pasando sino, como hacía W. Benjamin, “preguntarse en qué está convirtiéndose el mundo”. Pues lo que a W. Benjamin le interesaba del presente eran los indicios de la mutación que acabarían disolviendo ese presente. Pues “para él **comprender** no significaba situar su objeto de estudio en el mapa ya conocido de lo real, definiendo qué era, sino intuir **de qué manera ese objeto modificaría el mapa volviéndolo irreconocible**”.

Lo que estoy planteando es que hay que hacer un esfuerzo muy grande para que la preocupación y el cuidado por la universidad no sigan estando ligados a la creencia de que podemos cambiarla sin tocarla. ¡Sin tocarla, y por tanto sin sentirla! Pues lo que ahí necesitamos percibir es lo que en la universidad cabe de país. Si, de este país violento, duro, frío, y también caliente, sensual y pegajoso. Yo tuve la suerte de que cuando menos lo pensaba, me tuviera que exiliar dos años, casi tres, en Guadalajara, México. Y fue esa salida de Colombia la que me hizo darme cuenta de todo lo colombiano que ya era, y que yo mismo desconocía. Pero lo más importante de ese descubrimiento fue **sentir que lo que yo le debía a este país era la obligación de contarle, de ponerlo por escrito**. Y, saben ustedes, ¿cuál fue la pregunta de fondo que guió todo lo que logré escribir durante mi exilio? Fue esta: ¿Qué país cabe en la escuela, en la universidad, en la televisión? Y fue eso lo que a mi regreso a Colombia se me convirtió en un obsesivo slogan de trabajo: “hay que meterle país a las universidades, empezando por las públicas”. Cuando, poco después de regresar, inauguramos en la Universidad Nacional de Bogotá la Maestría en Estudios Culturales, me encontré con un viejo alumno que me

dijo frenteramente: “Usted es un iluso que todavía cree que los estudiantes de la Nacional venimos a estudiar la sociedad colombiana. ¡Y no, lo que hoy venimos a estudiar es sociología, y eso es una profesión con la que nos vamos a ganar la vida!”. O sea, “la Nacional ya no es aquel mundo de izquierdistas hablando paja sino una universidad que debe profesionalizar a la gente — incluidas las ciencias sociales y culturales — para que puedan ganarse su salario”.

Pues bien, los habitantes de las universidades públicas en este país gozan hoy de una *seguridad académica*, esto es laboral e ideológica, de la que ya no goza nadie más en Colombia. Lo que perversamente se traduce en creer que sus llamadas *líneas académicas de investigación* conectan automáticamente a los profesores con los problemas y necesidades del país. Y eso es mentira. En las universidades públicas, hoy la seguridad académica que hace casi imposible expulsar a un alumno y mucho menos a un profesor, está adormilando al profesorado, lo está enclaustrando, por más que los títulos de los artículos con los que aumentan los sueldos digan otra cosa.

En el mundo esa figura laboral está desapareciendo, como se lo dijo Manuel Castells en vivo y en directo a la muchedumbre que llenó el auditorio León de Greiff de la Universidad Nacional con motivo de la presentación de su libro *La era de la información*. Y frente al escándalo que se armó, un hombre que había dedicado la mayor parte de su vida a estudiar los movimientos sociales desde la India hasta San Francisco y especialmente los de América Latina, afirmó: “El capitalismo aceptó la jornada de ocho horas no sólo porque lo reclamaban los obreros sino porque después de ocho horas los obreros producían mucho menos. Ciertamente que los obreros dieron duras batallas pero la aceptación del trabajo de tiempo completo para toda la vida fue durante un tiempo no solo la figura del bienestar social sino también la de una enorme estabilidad económica y rentabilidad empresarial. Y en el momento en que eso ya no le sirvió al capitalismo la figura de **un trabajo de tiempo completo para toda la vida en la misma empresa** ha entrado en fase de desaparición”. Cuando Castells decía eso, yo recordé lo que a mí me habían explicado unos historiadores brasileños acerca de cómo el fin de la esclavitud de los negros en Brasil no había sido por una decisión política del gobierno brasileño sino por la presión que ejercieron los propios dueños de las más grandes haciendas al ver que mantener a tanto esclavo negro les salía demasiado caro, y las haciendas podían ser mucho más rentables industrializando el trabajo de sólo el diez por ciento de trabajadores. Fueron sus dueños quienes gritaron “¡que los liberten!, y que se los lleven a las ciudades, que es donde van a caber”.

Quizá les parezca que estoy hablando de la cara oscura de la luna, pero lo que ya no pueden esconder las universidades públicas es que no poner en riesgo su propia seguridad está traduciéndose hoy en la justificación de una enorme

inercia, y de una entropía cuasi antropofágica: formamos unos alumnos lo más parecidos a nosotros mismos, de manera que cuando se vuelven profesores se transforman en los competidores a eliminar. Entonces, hay que poner en riesgo esa tramposa seguridad saliéndonos de la universidad-claustro para poder ver y tocar al país de verdad: el que nos da miedo y rabia, el que nos desconcierta y desestabiliza intelectual y metodológicamente. Vergüenza nos debería dar la euforia con que El Tiempo hablaba la semana pasada de nuestro “nuevo” lugar en el ranking mundial de universidades: ¡después de diez años hemos avanzado dos puestos entre los últimos veinte de la cola!

Lo que necesitamos son *universidades con agenda de país*. Tener agenda de país significa para la universidad que en cada saber y cada profesión haya explícitamente ángulos, dimensiones y espesores de este país. Porque toda línea de investigación es narcisista. Y cuando digo “narcisista” no estoy hablando de un pecado sino de la tendencia humana a querer saber de lo que ya se sabe, y por tanto a enseñar e investigar lo que se ha estudiado que, en últimas, es lo que más nos gusta. La pregunta es: lo que la gente ha estudiado, lo que le gusta y sabe hacer ¿qué diablos tiene que ver con lo que está necesitando este país? Por ejemplo, en términos de producción, de valor agregado: ¿Cuándo Colombia va saber enlatar atún? Pues resulta que a mí me encanta el atún, pero el 90% del atún que he comido es enlatado en España y sólo últimamente al menos el 20% es enlatado en Ecuador. ¡Y con dos mares, Colombia no sabe enlatar atún! ¿Cuándo Colombia va a ser capaz de hacer lo que ya han hecho Argentina y Chile con sus vinos, poniéndoles a competir en calidad no solamente con los con los californianos en USA, sino con los franceses y los italianos en el mundo entero? Pero exige investigación científica, química y biológica, y muchas otras. No se puede *poner en valor* nuestros vinos en términos retóricos sino en términos de hibridar sabores con saberes, pues las calidades tienen mucho que ver con “lo que da la tierra”, pero hoy hay que agregarle muchísimo a la tierra para que dé “el fruto” del que se alimenta hoy un producto valioso, o sea, exportable.

Mi llamado es a que la palabra comunicación deje, ahora más que nunca, de hablar de medios, porque los *grandes* medios —prensa, radio y televisión— no solo se están quedando viejos, sino que, para seguir existiendo, están necesitando *trastornarse* y ello como condición de su regeneración. Ayer leí estas cifras: cerca del 25% de los norteamericanos están viendo televisión, cine y video *revueltos* en las pantallas de internet. Los medios, que fueron tan importantes política como culturalmente, que jugaron tantos papeles, no van a desaparecer. Pues, como decían las evolucionistas, “nada desaparece, todo se transforma”. Les confieso con toda sinceridad que fui el último de mi familia en llegar al computador, y llegué despacio hasta descubrir que en el computador... podía cortar y pegar sin papel ni pasta pegadora. O mejor: que podía *poner y tener todos mis textos en borrador y juntos*. Fue casi al mismo tiempo

que Univalle creo su primer servidor con nombre propio: *Mafalda*. ¿Hay aquí viejos que se acuerdan de *Mafalda*? Y diez años después estábamos metidos, no en Facebook, pero sí en un flujo de redes intensísimas y asombrosas, que es a lo que A. Baricco en *Los bárbaros*, llama “el algoritmo que transforma el modo de saber, el transformar digitalmente la cantidad en cualidad”.

Se han reído mucho de mí porque, en un pequeño homenaje que nos hizo a dos viejos en el campo de los estudios de la comunicación la Asociación Española de Investigación de Comunicación, a José Vidal Beneyto y a mí, los organizadores colocaron como en letras muy grandes una frase que venía repitiendo en mis conferencias: “Google sabe más de mí que yo mismo”. Y es la pura verdad. La capacidad que tiene de distinguir cuándo yo necesito artículos o cuándo necesito libros, a los autores que detesto y los autores que amo. Lo sabe casi todo. Pero lo que quería plantear es que el computador y la red inauguran el paso de las máquinas a la “aleación entre cerebro e información” posibilitando una *nueva figura de razón*: el desplazamiento del estatuto del *número* que de signo del dominio sobre la naturaleza está pasando a convertirse en mediador universal del saber y del operar técnico/estético. Lo que viene a trastornar la vieja oposición entre lo sensible y lo inteligible, y a dar la primacía a lo sensorio/simbólico sobre lo sensorio/motriz.

Los cambios, que nos han llevado de los medios al computador y del computador al mundo digital, están llenos de contradicciones y hasta perversiones, pero también de nuevas posibilidades de emancipación humana. Yo sí creo, con Manuel Castells, que hay mucho de anarquista en internet, pese a lo que machaconamente diga Mattelart. Una cosa es lo que hizo Arpanet en el Pentágono, y otra, lo que hicieron universitarios entre San Francisco y Chicago. Ellos fueron los inventores de la Web. Con lo que ello entraña de semilla anarquista, libertaria. Ahí está la prueba, en que ni el Estado ni el mercado están dispuestos a dejar que el mundo digital sea de la gente. Y los dos grandes enemigos de la libertad y la solidaridad, de la iniciativa y la convocación que yace en las redes, son hoy bien claramente tanto el mercado que busca rentabilizar esas capacidades, como el Estado que busca controlarlas. Son ellos dos los poderes incapaces de reconocer y dejar crecer los nuevos derechos a la libertad y la creatividad que emergen en la red

Ahí están los godos norteamericanos, con su candidato a vicepresidente afirmando que los Estados Unidos son un país que tiene colonias y las va a seguir teniendo porque es un imperio. Pero se trata de una nueva modalidad imperial cuyo poder se juega hoy estratégicamente en el campo de la comunicación, que entrelaza cada día más densamente nuestras culturas cotidianas con las otras que pueblan el globo. De ahí que la red sea también el campo de batalla por una hegemonía simbólica que amenaza de muerte la diversidad cultural del mundo. ¿Y no ha sido el mismísimo Obama quien nos

ha contado que los Estados Unidos de Norteamérica están construyendo, en un lugar muy difícil de ser detectado, un mega computador con capacidad para leer todos nuestros computadores? Pues la seguridad de Estados Unidos depende cada día más de la información que sea capaz de controlar.

Frente a la compleja y decisiva contradicción que movilizan las redes, mi perspectiva es la de un heredero de los anarquistas de mi pueblo. De los libertarios que luchaban y siguen luchando contra un Estado que no sabe crecer con la diversidad de su sociedad, y contra un mercado que ve ya en la cultura no sólo un enorme negocio a explotar sino también el ámbito de construcción colectiva del sentido de la vida y, entonces, el espacio de otra hegemonía a disputar tanto al Estado como a la sociedad. Pero hemos tenido que esperar a la historia que nos hizo Habermas de la primera era de la esfera pública, la del siglo XIX, y sobre todo a que Hannah Arendt nos tradujera al lenguaje del siglo XX el sentido del *espacio público*, o mejor de *lo público*, incluyendo lo que significa que una universidad sea pública. Hannah Arendt respondió a esa pregunta diciendo: “es una universidad que no le pertenece sólo al Estado ni a la sociedad por su lado, sino que es el lugar de tensión entre los dos”. Porque **el Estado** es homogéneo y tiende a homogenizar, ya que la ley debe ser igual para todos. Pues la clave de la lucha contra la desigualdad está en una ley que realmente trate a todos por igual. Y eso de alguna manera nos homogeniza. Pero resulta que **la sociedad** es heterogénea: está hecha y conformada por los muy diversos tipos de ciudadanos, mujeres, hombres, niños, viejos, blancos, negros, indígenas, europeos, musulmanes, judíos y cristianos de montones de especies. Una *sociedad* existe en la medida en que es heterogénea, y un Estado existe para responder a la radical necesidad de igualdad que reclama la sociedad. Esa es la tensión que encarna y configura lo público. Y donde esa tensión se vive más fuertemente hoy es en el estallido de las culturas al interior de lo nacional, exigiendo su reconocimiento social y político, reclamando unos **derechos culturales**, que son a la vez colectivos y personales, lo que le complica aún más la tarea al Estado. Ahí están las barbaridades con que se jactan aun las viejeras políticas que nos quedan en el Congreso y su tenaz negación a reconocer los derechos de las mujeres y los derechos de los negros/afros/raizales, y los homosexuales, etc.

Mientras en los últimos treinta años se gestaban esos cambios, la cultura no se quedó quieta: cambió de lugar. Algunos llevábamos años pensando que lo que estaba en juego en la comunicación era la vida de las culturas, de las culturas de la gente de Terrón Colorado o de Siloé o de Ciudad Jardín, que son tan gente como los demás, aunque algunos dirán que un poco menos. Digo, la cultura cambió porque cambió su lugar en la sociedad. De la cultura-guinda que adorna el ponqué, o sea de la cultura que estaba **por encima**, la cultura pasó a ser **lo de adentro**, el adentro del **todo-social**, el adentro de la política y la economía. Es bueno constatar que el único vector de

producción/exportación norteamericana que le gana al de la cultura, a la producción y exportación de cultura, es el de la industria aeronáutica, incluyendo la NASA. Claro que la cultura en USA no es lo que cree que hace el Ministerio de Cultura, como creen no pocos en este país aún, ya que en USA la cultura es la música, los libros, el cine, la danza o el turismo, y la cultura es también la innovación científica, tecnológica e industrial. El cambio de lugar de la cultura en la sociedad plantea desafíos muy grandes a nuestro “sistema político”, incluido COLCIENCIAS Fue lo que sucedió en la Bogotá de Antanas<sup>1</sup> y en la Medellín de Fajardo<sup>2</sup>, que la cultura dejó de ser un castillo feudal, como sigue siendo el Ministerio de Cultura de este país —un Ministerio que no tiene nada que ver con el de Educación, ni con el de las TICs, ni con el de Salud— y sólo aliguito con el de Relaciones Exteriores. Pues bien, Antanas y Fajardo descubrieron que la gente tiene diferentes *culturas del cuerpo* y por tanto diferentes culturas de la enfermedad y de la salud, y también de lo que significa aprender y del modo cómo les *afectan* las nuevas tecnologías. Es decir, ambos descubrieron que la cultura tiene mucho menos que ver con los “eventos culturales” que con el desarrollo de la convivencia ciudadana y la expansión de los espacios públicos, con la salud física y mental, con el desarrollo del amoblamiento urbano, y con los cambios en la idea de ciudadano.

El movimiento que saca a la cultura de su castillito coloca en primer plano la construcción de los derechos ciudadanos, porque las culturas ya no son tanto los monumentos sino las personas que las encarnan, son *las culturas de la gente*. Y esa denominación es la que entraña e invoca, exige reconocimiento. No un reconocimiento retórico sino real: la política de saneamiento del barrio con lo primero que tiene que ver es con la cultura de la gente del barrio. Única manera de que la gente sienta y perciba eso que llamamos *cultura política*, o sea sus formas de agruparse y lo que les motiva a juntarse. Que es algo perteneciente en mucha mayor medida al ámbito de la ciudad que de la nación.

Y a ese propósito fue la carta que yo escribí —pero nunca envié— contra García Márquez y el clavecinista Puyana, cuando estos dos ricachos que vivían fuera de Colombia nos mandaron decir que el país “no debía tener un Ministerio de Cultura, porque eso era entregársela a los políticos”. Y lo que yo escribí en mi carta a García Márquez, pues el otro señor me quedaba demasiado lejano, fue esto: “Señor Gabo, este país está necesitando cada día que pasa con mayor urgencia que en el consejo de ministros esté la cultura no sólo para que la metan de verdad en el presupuesto sino para la que la tengan en cuenta cuando discutan sobre la salud y el desarrollo, sobre la minería que envenena zonas claves del país o cuando tratan de los daños al sistema ecológico, ya que en esos temas se la juegan no sólo territorios y medioambientes sino la cultura cotidiana de millones de colombianos, y la real diversidad cultural de Colombia. Es mucho y decisivo lo que la cultura viva de



la gente tiene por decirles a todos los ministros de cualquier gobierno nacional y lo que ellos deberían aprender escuchándola”. Ahí está el pobre Humala, que llegó como izquierdista a la presidencia del Perú, y hoy está enfrentado a las gentes de tres departamentos por unas gigantescas minas de oro vendidas o arrendadas a unas empresas canadienses, y ello por las dificultades que tiene para entender que lo que los indígenas del Alto Perú están defendiendo no es solamente el poco de agua que les queda sino unas formas de vida y de trabajo que hacen parte decisiva de su memoria y su vida cultural.

Y voy a terminar asumiendo lo que esas ideas tienen que ver con, y en buena parte se deben, a la ciudad de Cali. Esta ciudad nuestra está empezando a salir de la olla, está recobrando la esperanza. Y yo, que viví el mejor momento de Cali —los años 70s y 80s— afirmo esto porque Cali no fue solo una ciudad más moderna: era la única ciudad latinoamericana de Colombia. Ahí estaban los festivales de arte de esos años trayendo montones de latinoamericanos, no sólo artistas por el teatro y la pintura o la música que se hacía en la ciudad, sino investigadores y pensadores de la talla del mexicano Carlos Monsiváis o del brasileño Renato Ortiz, que aportaron montones a la desprovincialización de la idea que los caleños teníamos de la ciudad y del país, de este país que vivía tan al margen, tan aislado del mundo, empezando por el latinoamericano.

Cali empezó a ser la única ciudad que estaba culturalmente en América Latina. Miguel<sup>3</sup> en La Tertulia hizo muchas exposiciones en las que ensanchaba la ida de arte al exponer carteles y afiches, en su mayoría procedentes de América Latina. Y esos dos ingredientes los debería retomar la ciudad: retomar, ampliándolo, aquello que se denominó como *civismo caleño*, y también su apertura a Latinoamérica como clave de su creatividad y capacidad de innovación. Pues no se trata sólo de lo que las *escolas* cariocas de samba le pueden enseñar a los grupos caleños de salsa; no se trata de imitar sino de inventar, pero asumiendo que en creativities populares hay una historia cultural cercana que es muchísimo más ancha que la nacional. Y también hay una historia ya en el espacio latino-caribeño de iniciativas de industrialización de nuestra creatividad que debemos conocer para ir más lejos en las iniciativas que está abriendo el apoyo del BID a la productividad caleña de sus industrias en cine, música, reggaetón y todo lo demás.

Creo que es un momento para asumir lo que significa hoy la palabra *comunicación*. Amigos no les quito más tiempo —además hace mucho calor—. Comunicación significa lo más profundo del cambio tecnológico— Lo más profundo del cambio tecnológico es interfaz; es una palabra rara, interfaz. Interfaz comenzó siendo un asunto de ingenieros, después pasó a ser un asunto de lingüistas de programas, de hipertextos. Finalmente, el interfaz es el nuevo sentido, digital, de la metáfora. Pues así como es la figura más expresiva de la poesía, o de la infinita creatividad del lenguaje —cualquier palabra pudiendo

intercambiarse por cualquier otra palabra en un enredamiento sin límites—, ahora, en el espacio que tejen los enredos digitales, la metáfora es el lado más luminoso de la interactividad: el que apunta a la convergencia de muchos proyectos, de muy diversos tipos, y de muchas lenguas también, tanto en el ámbito de lo científico como de lo estético, cada día más próximos en sus modos de experimentación e invención, lo que nos está exigiendo cambios de fondo en la cultura investigativa, creativa e industrial: necesitamos aprender a trabajar en equipo, desde la necesidad perentoria de que los trabajos finales del pregrado sean al menos concebidos y realizados por tres o cuatro estudiantes, a que las tesis de maestría se hagan por etapas en las que el avance pase por diferentes momentos y maneras de agrupación, ya que esas tesis deben ser ya el comienzo de trabajos que no sean ruedas sueltas sino proyectos insertos en agendas de país construidas y apropiadas desde cada departamento y cada postgrado. Y lo mismo, pero con alcances muchísimo mayores, en el caso de los proyectos de tesis de doctorado cuyo ámbito debería ser cada día más interuniversitario e internacional. Pues la cultura-internet es prioritariamente **colaborativa**; es decir, se trata de una cultura cuyas posibilidades dependen de la cantidad y calidad de asociados que la usen y la realicen. Un pequeñísimo ejemplo: los rockeros latinoamericanos han inventado una modalidad de *notación musical* para hacer rock en la red con equipos de montones de gente, pues la notación tradicional del *solfeo* resulta demasiado “pesada” y una notación aligerada permite mayor número de participantes y mejor calidad. O sea, la clave de lo nuevo en internet no es tanto los aparatitos sino las redes, esas *nuevas avenidas* —otra invocación a W. Benjamin— abriéndole la participación política y estética a las grandes masas de la gente del común. Es, en últimas, el oficio del (o de la) **interfaz**: la nueva figura del cuerpo a cuerpo que internet posibilita ahora entretejiendo las redes espaciales con las experienciales de los muchos sujetos individuales y colectivos.

Esto fue lo que dijo, hace muchos años, un anarquista andaluz a un señor que se llamaba Juan de Mairena, que era un pseudónimo del poeta Antonio Machado. El de *caminante no hay camino se hace camino al andar*, que para muchos alumnos jovencitos son palabras que pertenecen a un cantaor llamado Serrat. Pues el señor Machado cuenta que un campesino anarquista andaluz le dijo un día: “Todo lo que sabemos, lo sabemos entre todos”. Díganme si existe una mejor definición de eso que hoy se denomina como *inteligencia colectiva*.

## Notas

---

<sup>1</sup> Antanas Mockus, Alcalde de Bogotá en dos periodos: entre 1995-97 y 2001-2003 (Nota de la editora).

<sup>2</sup> Sergio Fajardo, Alcalde de Medellín en el periodo 2004-2007 (Nota de la editora).

<sup>3</sup> Miguel González, crítico y curador de arte de Cali (Nota de la editora).

## Errese un angel sólo y aburrido, pero despierto

Cada mañana al saludarlo me guiña un ojo  
un guiño triste, como el guiño de un viejo.

A lo largo del día  
yo siento su mirada sobre mi hombro,  
el izquierdo, claro,  
porque el derecho anda en otra parte:  
trabaja-que-trabaja trabajando.

Y de día en día,  
a lo largo de muchos años  
se ha ido trenzando una complicidad:  
cuando yo ando tan triste que se nota  
él silba muy pasito y guiña un ojo,  
y cuando hay días que él ya no aguanta más  
se hace el triston y le cambio de sitio.

Y así es como la vida  
se nos va yendo, día tras día, a los dos  
-esto sólo me lo supongo porque no él no habla del tiempo-  
Y sin embargo él me habla a su manera,  
ya sea trinando duos o gorjeando,  
o susurrándome al oído que le duele el cansancio,  
porque que un día se parece demasiado al otro  
y el frío lo deja casi sin oxígeno,  
como un ahogado,  
o como colgado de la rama de un árbol  
loco y hastiado de no ser más que árbol.

Pero mi angel resiste  
y persiste, o sea  
se las arregla para seguir cantando,  
día tras días,  
como si fuera un angel-luna,  
un angel-risa  
o sólo un ángel-pájaro.

Archivo digitalizado: Olga Martín y Alejandro Martín

---

“Érase un ángel solo y aburrido pero despierto”, poema de Jesús Martín Barbero en la segunda década del nuevo milenio, inspirado en un ángel de cerámica que lo acompañó toda la vida.